

## BIBLIOGRAFIA

dir por mi parte ninguna contrarréplica.

El autor considera que la exposición del contenido de su libro es fiel y correcta, pero que la crítica está realizada desde una posición idealista que mantiene la primacía de lo "emic".

La crítica realizada en los capítulos 9 y siguientes se mantiene en el plano de los principios, ciertamente, pero —señala Harris— en otras publicaciones anteriores ha realizado la crítica a esas teorías en el plano de las explicaciones sobre problemas concretos. Por otra parte, el autor insiste en que él no rechaza las demás estrategias científicas, ni rechaza la autonomía de los diversos ámbitos culturales, porque el determinismo de la infraestructura que él sostiene es probabilístico.

Harris señala que el plano de lo "etic" no es considerado por él como un saber absoluto e inapelablemente verdadero porque, en primer lugar, es un conjunto de hipótesis abiertas a la confrontación con los hechos, y, en segundo lugar, no es independiente de la infraestructura: la ciencia también está determinada por esta última. En vez de sostener que la verdad y la ciencia son transculturales, Harris sostiene que más bien "deberían serlo".

Finalmente, Harris considera que carece de sentido objetar que hace falta conocimiento para establecer medidas de orden religioso que sean a la vez medidas de índole económica. Su respuesta a tal objeción es: " Astonishing! There is a process of selection. It is necessary for

plants to understand genetics and ecology in order for them to evolve forms adapted to deserts or jungles?".

JACINTO CHOZA

KOLAKOWSKI, Leszek, *La Filosofía positivista*. Ciencia y filosofía, Colección Teorema. Ed. Cátedra, Madrid, 1979, 262 págs.

La presente monografía es una investigación historiográfica susceptible de varias lecturas contextuales. Pues en primer lugar se debe tener en cuenta que esta obra refleja un ambiente polémico que no puede ser olvidado. No en vano Kolakowski es un conocido disidente polaco especialista en historia del marxismo que publicó esta obra en 1966 cuando estaba en su pleno apogeo la ya casi truncada primavera post-estalinista y dos años antes de que su autor optase voluntariamente por el exilio sin alternativas. Efectivamente fue en aquellos años cuando surgió entre los marxistas la vieja polémica entre positivismo y metafísica que había sido duramente reprimida durante el período inmediatamente anterior de dogmatismo estalinista. Y aunque aparentemente la obra de Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, había zanjado definitivamente la cuestión, sin embargo no todos los marxistas adoptaron igual actitud ante los nuevos avances de las ciencias naturales y sociales. Pues *los estructu-*

## BIBLIOGRAFIA

ralistas adoptaron ante el marxismo una actitud terapéutica y empirista, tratando de eliminar del materialismo dialéctico todo resto de metafísica idealista y de ideología ilustrada. Se propuso así un ocultamiento de las fuentes premarxistas del joven Marx y una explicación estructuralista del Capital. Se separaron así dos niveles de realidad científica: la *infraestructura* que constituye el sustrato económico y social sólo indirectamente observable; y la *superestructura* o conjunto de fenómenos sociales directamente observables que están determinados por las leyes económicas y por la lucha de clases. Se propuso así una lectura determinista, pragmatista y sintomatológica del *Capital* que paradójicamente justificaba un capitalismo de estado, revolucionariamente paralizado y terapéuticamente conformista. Por el contrario los llamados *utopistas* adoptaron ante el marxismo una actitud humanista y crítica que debería eliminar de la praxis emancipadora los conformismos permisivistas y los condicionamientos paralizantes. Reivindicaron así la unidad del pensamiento marxiano propugnando una vuelta a las fuentes premarxistas del *Capital*. Se introdujo así de nuevo la separación hegeliana entre el fenómeno y el *noumeno* y se distinguieron dos niveles de conocimiento: el conocimiento *metafísico* que tiene por objeto la auténtica naturaleza humana utópicamente incondicionada y absolutamente trascendental; y el conocimiento *científico* que tiene por objeto la

naturaleza empírica determinada por la lucha de clases y momentáneamente por la superestructura del estado. Se propuso así una lectura libertaria, romántica y terapéutica del *Capital* que paradójicamente justificaba una revolución ilustrada, ideológicamente centralizada y burocráticamente activista. Evidentemente Kolakowski ha criticado repetidamente estas diferentes versiones del marxismo por considerar que en todas ellas se impone siempre una razón teórica dogmática que anula los ámbitos de autonomía más elementales de la razón práctica así como los derechos más fundamentales de la persona humana. Ha contestado, así, desde un planteamiento ético, tanto las actitudes estructuralistas como las utopistas, mostrando cómo el marxismo no puede llegar a conciliar las exigencias lógico formales de la razón teórica con las exigencias ético naturales de la razón práctica, pues el marxismo, como el positivismo, sustituye el orden racional de la naturaleza por un orden lógico, artificial y arbitrario.

Justamente el objeto de *La filosofía positivista* es el estudio de esta línea de pensamiento, más amplia que el propio marxismo, que abarca "desde los primeros tratados antimetafísicos de los tiempos modernos" (p. 14) hasta la actualidad. Se trata, pues, de un proyecto ambicioso que trata de reconstruir la línea de pensamiento antimetafísico a fin de localizar el punto de ruptura donde se ha producido la escisión con la metafí-

## BIBLIOGRAFIA

sica. En este sentido Kolakowski ha vuelto repetidas veces al humanismo kantiano en un intento de recuperar el equilibrio perdido entre naturaleza y libertad, entre ciencia y ética, entre razón teórica y razón práctica (aunque no en sus realizaciones concretas) (p. 250). Ahora acomete una investigación historiográfica aun más ambiciosa: utilizar un método de análisis ético a fin de reconstruir "la línea de pensamiento positivista" que tiene su origen en el demoleedor efecto destructivo del criticismo nominalista del siglo xiv y del empirismo inglés (p. 50) y se proyecta en autores tan aparentemente alejados del positivismo como son Duhem, Poincare e incluso algunos modernistas católicos. Sólo así se podrá dictar un diagnóstico terapéutico "del papel tan enorme que el positivismo ha desempeñado en la cultura intelectual de nuestra época" (p. 237), mostrando a la vez "el valor permanente que por contraste tiene la metafísica, ya sea materialista o espiritualista" (p. 14).

El diagnóstico que se propone del positivismo como filosofía no puede ser más negativo. Despliega contra el positivismo una crítica frontal similar a la que en otras ocasiones ha formulado contra el marxismo: invocar sistemáticamente el principio kantiano de autonomía de la razón práctica para mostrar cómo sigue teniendo plena vigencia la crítica que Kant dirigió a las éticas anómalas, o fuera de toda norma, de los empiristas que, con el fin de justificar una ili-

mitada tolerancia de los sentimientos naturales, introdujeron primeramente un predominio despótico de la metodología científica sobre la metafísica y, secundariamente, justificaron una paralización terapéutica de la praxis ética; o las críticas que también Kant dirigió a las éticas heterónomas de los racionalistas que, con el fin de justificar un ilimitado control de las convenciones sociales introdujeron, primeramente, una instrumentalización ética de la metafísica y, secundariamente, justificaron una interpretación ideológica de los resultados de la ciencia. Mediante este método desenmascara a los empiristas por su permissivismo ético y a los convencionalistas por su activismo ideológico. Pues aparentemente el positivista se mueve siempre por intereses estrictamente especulativos, construyendo rígidas metodologías científicas con fines exclusivamente lógico formales. Sin embargo el único interés que legitima estas complicadas y habitualmente inútiles metodologías científicas, es simplemente establecer un procedimiento psicológico/genético de separación entre filosofía y ciencia, que permite decidir de un modo aparentemente transparente y sin ambigüedades la eliminación o justificación de la metafísica. Y al tomar esta decisión el positivista se mueve por intereses puramente pragmáticos. Pues si pretende introducir un ilimitado permissivismo ético, se verá obligado a criticar sistemáticamente toda suposición metafísica, teniendo que introducir una

## BIBLIOGRAFIA

rígida metodología empirista cuyo único fin es conseguir paralizar con fines terapéuticos cualquier desarrollo de la praxis ética. Por el contrario si se pretende justificar un ilimitado activismo ideológico, se verá obligado a tolerar ilimitadamente cualquier tipo de construcción metafísica, teniendo que introducir una metodología estrictamente convencional con el único fin de poder justificar un control ideológico o ético de los resultados de la ciencia. En cualquier caso el positivismo concede mayor relevancia a las exigencias necesariamente condicionadas de la razón práctica sobre las exigencias absolutamente incondicionadas de la razón teórica, ya sea filosófica o científica. El positivista introduce, pues, en su punto de partida, un voluntarismo especulativo que decide de un modo puramente convencional y arbitrario tanto el criterio de demarcación que se va a establecer entre filosofía y ciencia, como el tipo de código deontológico que se impone a la razón teórica.

Pero además Kolakowski desenmascara cómo el positivismo siempre esconde, tras su aparente carácter antimetafísico, una metafísica y una ideología. Pues normalmente el positivista siempre establece una disyunción absoluta entre el positivismo o la metafísica, o entre la ideología y la ciencia, optando inevitablemente por la antimetafísica y por la crítica de la ideología. Sin embargo la realidad es menos simple, pues en el fondo el positivista está

estableciendo otra disyunción: la opción entre la posición o la construcción, entre el empirismo, o el convencionalismo, entre el análisis o la dialéctica, entre la razón científica o la razón metafísica. Pues cuando el empirista o el analítico o el estructuralista optan por una rigurosa ascética intelectual y condenan toda suposición metafísica a un silencio éticamente paralizante, en el fondo están optando por una metafísica positiva que paradójicamente hace una instrumentalización terapéutica de la antimetafísica. Y cuando, por el contrario, el convencionalista o el dialéctico o el utopista optan por una ilimitada tolerancia constructiva y elaboran todo tipo de hipótesis imaginativas, en el fondo están optando por una metafísica convencionalista que paradójicamente hace una instrumentalización ideológica de los resultados de la actividad científica. En cualquier caso todas estas metodologías científicas, sean positivas o constructivas, sean materialistas o espiritualistas, introducen una interpretación biológica del conocimiento humano que reduce todo el saber humano sea científico o no, a un simple reflejo condicionado adaptable a los intereses arbitrarios y despóticos de la razón práctica. Pero a la vez hacen un rechazo sistemático del principio kantiano de la autonomía de la razón práctica, fundamento de la libertad individual y social, ya que se considera que el único método de ejercer un control de la praxis humana es introducir un dominio despótico de la razón teóri-

## BIBLIOGRAFIA

ca, ya sea científica o metafísica, sobre el desarrollo de la razón práctica. Por ello no puede extrañar que todas estas metodologías acaben propugando tecnologías sociales inimaginables, auténticas barbaries con rostro humano, que sacrifican los derechos humanos más fundamentales a ideales utópicamente permisivos o a proyectos fanáticamente revolucionarios.

Pero además de establecer un diagnóstico se propone también una terapia. Pues si solamente se delatasen los errores teóricos y prácticos del positivismo no se podría hacer una valoración constructiva de las aportaciones indudables que el código deontológico positivista ha hecho en la historia de la filosofía legítima. Pues según este autor se deben distinguir con total nitidez las metodologías propuestas por los positivistas, que con frecuencia recogen algunas aportaciones incontestables de la tradición científico positiva, y la propiamente llamada filosofía positivista que como se acaba de ver suele hacer una instrumentalización sistemática de sus resultados. Por ello, aunque algunas de estas metodologías pueden tener poca utilidad práctica, sin embargo el autor nunca las critica frontalmente desde un punto de vista lógico formal. Por el contrario considera que el método más adecuado para superar tanto los errores teóricos como prácticos del propio positivismo, es hacer una tolerante y coherente aplicación del riguroso código deontológico positivista de modo que sea verdaderamente consecuen-

te consigo mismo. Sólo así se conseguirá situar el conocimiento científico y metafísico en sus justos límites evitando el control ideológico de los resultados de la ciencia y la instrumentalización terapéutica de la antimetafísica. Pues por una parte "el rigorismo de los positivistas jugó un papel muy importante en el despertar de la conciencia de las obligaciones contraidas por los científicos, borrando así de un modo eficaz la confusión existente entre las posturas del sabio y del partidista. Así pues el positivismo tiene un valor que es muy difícil de poner en cuestión: reaccionar en contra de los abusos que se cometen en nombre de la ciencia en el campo de las polémicas puramente ideológicas. En otros términos, la capacidad de definir relativamente bien los límites de la legitimidad científica con el fin de criticar las pretensiones ilegítimas de los doctrinarios que se quieren aprovechar de la autoridad de la ciencia con el fin de sostener sus formulaciones. Recabar este rigorismo —precisamente a título de deontología específica del mundo científico— no será nunca un anacronismo" (p. 247). Pero por otra parte el rigorismo positivista también ha evitado la instrumentalización de la metafísica ya que "se debe admitir que la crítica a la legitimidad de la inducción, la crítica a las metafísicas "esenciales", así como las críticas a los juicios de valor, han despertado entre los no positivistas una conciencia de la problemática tal que no puede ser escamoteada

## BIBLIOGRAFIA

ni disimulada" (p. 262). Sin embargo se debe hacer una aplicación tolerante y coherente de los principios positivistas "sobre todo cuando se trata como error toda investigación metafísica y toda investigación acerca de la certeza. Pero en cualquier caso se debe tomar acta de sus resultados y reconocer que la totalidad de este trabajo tecnológicamente inútil que promete el acceso al Ser (se refiere a la metafísica) debe, de una vez por todas, renunciar a sus pretensiones científicas" (p. 262).

Pero a la vez se reivindica para la filosofía dialéctica, ya sea materialista o espiritualista, un campo específico de actuación que suele ser sintemáticamente negado por los positivistas, ya sean empiristas o convencionalistas: la tarea de relacionar la ciencia con la filosofía y de encontrar un último fundamento incondicionado tanto al ejercicio de la razón teórica como de la razón práctica, que está inevitablemente asociada al desarrollo del método experimental interpretativo de las ciencias humanas histórico sociales entre las que se incluye la propia filosofía. Pues "la tentativa de construir "la razón" en sus funciones autónomas, no tecnológicas, repetimos, representa una tentación permanente para la filosofía. Y aunque sus razones no sean absolutas, tenemos al menos una "certeza moral" que permite contestar las interpretaciones simplemente biológicas del conocimiento humano y aspirar a un fundamento más radical del conocimiento científico (p. 259). "La metafísica de-

be, pues, postular la existencia de una verdad trascendental que sea la condición de posibilidad tanto de los juicios sintéticos "a priori" propios de la razón científico teórica, como de los valores trascendentales propios de la razón práctica y, en consecuencia, de la propia defensa de los valores humanos" (pp. 111, 126, 130, 225).

El análisis del complejo fenómeno positivista comienza por un estudio de "los primeros tratados antimetafísicos de los tiempos modernos" (p. 24). El método utilizado es una aplicación práctica de los criterios metodológicos postulados anteriormente. "Se ponen así de manifiesto las condiciones culturales, históricas, sociales, psicológicas e incluso biológicas que hicieron posible el fenómeno positivista" (p. 244). A lo largo de la investigación también se utilizan categorías totalizantes de naturaleza dialéctica, holismo transformista, adaptables a las fluctuantes épocas históricas. Se ponen también de manifiesto "la incuestionable continuidad diacrónica que existe entre las distintas versiones del positivismo, considerado como una unidad distinta que, aunque tenga variantes particulares propias del estilo específico de cada época, sin embargo poseen en general un sentido propio" (p. 249). Se hace además una valoración crítico teleológica ya que "se trata de descubrir el sentido cultural humanista que "la línea positivista" manifiesta a lo largo de la historia "legítima" en lo que tiene de valores positivos e incontestables" (p. 249). Es

## BIBLIOGRAFIA

justamente esta apreciación constructiva de algunos valores del positivismo lo que impide un uso excesivamente dogmático del método dialéctico trascendental. Pues aunque sea necesario "recurrir a una decisión en cierto modo arbitraria y organizar la historia en totalidades esquematizadas que permiten establecer semejanzas y omitir diferencias, sin embargo se trata simplemente de hipótesis que en cualquier caso se deben contrastar con el conocimiento de los hechos efectivos" (p. 14). Se puede entonces hacer una interpretación histórica que, aunque tenga un cierto carácter aproximativo, sin embargo "evita el reproche de recurrir a ciertas series de principios estrictamente personales" (p. 4).

La investigación se desarrolla a lo largo de 8 capítulos. En el primero se establece una definición aproximada del positivismo como una filosofía *fenomenista* que pretende abarcar la totalidad de la experiencia científica posible; *nominalista* pues pretende vaciar de contenido metafísico el sentido de todas las proposiciones científicas; *éticamente neutro* pues introduce una deontología científica simplemente formal que determina las condiciones éticas mínimas que debe reunir una actividad científica formalmente correcta; *cientista* pues se declara antimetafísico y considera que el método positivo es el único que permite desarrollar la ciencia. A su vez, por contraposición, se define el concepto de metafísica como un saber *trascendental* acerca de las condi-

ciones de posibilidad del propio conocimiento científico y de los valores en sí mismos incondicionados; *éticamente comprometido* con el desarrollo de la razón práctica; *metacientífico* pues trata de encontrar un sentido o finalidad a la vida humana; *metarracional* pues se trata de un tipo de conocimiento incondicionado que ya está dado antes de ser analizado por la razón, hasta el punto que constituye la condición de posibilidad de cualquier conocimiento científico positivo. Establecidos estos criterios demarcadores en el resto de la investigación se analizan las limitaciones teóricas y prácticas del positivismo frente a la filosofía dialéctico trascendental (pp. 13-24).

En el capítulo 2 se examina el positivismo del pensamiento antiguo, Ockham, Bacon, Renacimiento, La Ilustración y Hume. Lo característico de esta época es el inicio del voluntarismo antimetafísico que condena de un modo sistemático todo tipo de suposiciones metafísicas con el fin de justificar un ilimitado intervencionismo teológico en la vida práctica. Se introduce así un riguroso control ascético del desarrollo de la razón teórica y una mística de la tolerancia que paraliza el desarrollo de la razón práctica. El empirismo nominalista tuvo así un efecto destructivo totalmente demoledor: sustituir el orden racional de la naturaleza por un simple orden lógico artificial y arbitrario (pp. 24-64).

En el capítulo 3 se examina la época romántica, especialmente Comte. Lo característico

## BIBLIOGRAFIA

de esta época es el inicio de la llamada filosofía positiva que, además de condenar todo tipo de suposiciones metafísicas, introduce un predominio despótico de la metodología científica y una instrumentalización permisivista del silencio metafísico. Es así la época del progresismo, del cientifismo, del fiscalismo, de la tecnocracia, del pragmatismo, del objetivismo. Además Comte mitificará la noción de "hecho", posteriormente muy criticada por el propio positivismo (p. 89), pero que sin embargo, según el autor, "contribuirá de un modo irrevocable a establecer las fronteras entre lo que se llama ciencia y lo que se llama filosofía, siendo así que se intentaba inútilmente abolir esta última" (pp. 92 y 65-92).

En el capítulo 4 se examina el positivismo de Claude Bernard, Stuart Mill y Spencer. La característica más acusada de esta época es la progresiva sofisticación de las metafísicas positivistas que desarrollan complejas metodologías experimentales y se presentan como auténticas filosofías científicas: se hace así, una indiscriminada utilización de la noción de totalidad tan criticada posteriormente; proliferan abusivamente reglas metodológicas paralizantes e inútiles; se introduce un liberalismo ilimitadamente permisivista con el desarrollo de la razón práctica; aparece el utilitarismo y el pragmatismo social que justifica por razones de eficacia una jerarquía de valores convencional y acriticamente impuesta; se introduce también una ética de la supervi-

vencia biológica que niega los derechos humanos más fundamentales (pp. 93-127).

En el capítulo 5 se examina el positivismo modernista de Avenarius, Ernest Mach y la crítica de Lenin a los empiriocriticistas. Lo característico de esta época es establecer un procedimiento de decisión psicológico/genético que permita la crítica sistemática de la metafísica; se introduce así una interpretación biológica del conocimiento humano (la teoría del reflejo) que será utilizada como justificante teórico de una filosofía puramente experimental. Se propugna así una abolición de los dualismos entre lo físico y lo psíquico, entre el ser y el deber ser, entre el sujeto y el objeto. Sin embargo todos los intentos de elaborar una filosofía experimental terminaron en un absoluto fracaso ya que inevitablemente introducían una disyuntiva entre el solipsismo idealista o el hiperrealismo objetivista, no consiguiendo en ninguna de ambas opciones eliminar el recurso a la metafísica. Pero ya Lenin advirtió el carácter ficticio de estas disyuntivas pues el empiriocritismo, que se presenta como una teoría científica, es una filosofía marcadamente idealista, subjetivista, fenomenista de clara extracción burguesa. De este modo Lenin adoptó una actitud claramente delatadora del empiriocritismo; pero, según Kolakowski, no supo apreciar los valores positivos que tenía la rígida deontología positivista y no pudo evitar un desarrollo excesivamente dog-



## BIBLIOGRAFIA

mático de la razón dialéctica (pp. 128-161).

En el capítulo 6 se examina el convencionalismo y la destrucción de la idea de "hecho" en Poincare, Le Roy, Duhem y lo que el autor llama genéricamente positivismo modernista católico. Lo característico de esta época es el paso de las filosofías positivas a las metafísicas convencionales que introducen una ilimitada tolerancia metafísica en la construcción de hipótesis imaginativas aunque al precio de hacer un control ideológico de los resultados de la ciencia y de instrumentalizar terapéuticamente a la metafísica. Se vuelve así a la separación hegeliana entre el *noumeno* y el *fenómeno*, entre la naturaleza auténtica objeto de la metafísica y la naturaleza empírica tal y como es estudiada por las ciencias positivas; se establece así una separación radical entre lo observacional y lo teórico, negando la posibilidad de obtener un conocimiento científico efectivamente separado de presupuestos metafísicos; se sustituye así el principio de objetividad científica por el de intersubjetividad, y el principio de verificación inductiva por el de falseación empírica; se insiste así en el carácter constructivo de los conceptos y teorías científicas, especialmente los de espacio y tiempo. El positivismo derivó así hacia un manifiesto idealismo subjetivista que fue utilizado por el positivismo modernista católico para introducir una nueva versión de la teoría de la doble verdad que tendría por objeto armonizar

los dogmas de fe y las verdades científicas. Y aunque según Kolakowski estos dualismos hegelianos fueron utilizados habilmente para la defensa de una ideología, sin embargo a la larga "supuso el gran triunfo del positivismo en cuanto que incluso los propios metafísicos aceptaron el criterio de objetividad de los positivistas, admitiendo de un modo indirecto que la metafísica no puede tener aspiraciones científicas" (p. 184) (pp. 162-184).

En el capítulo 7 se examina el positivismo de Peirce James, Dewey. Se les incluye entre los positivistas empiristas por su rigurosa ascética especulativa, por su silencio metafísico, por su criticismo objetivista y por la primacía que otorgan al principio de verificación científica: además introdujeron una interpretación puramente biológica del conocimiento humano y del propio lenguaje, aceptando que el significado de una proposición se identifica con las conductas prácticas que provoca su enunciación; se trata, además, de una filosofía ilimitadamente tolerante con el desarrollo autárquico de la razón práctica fomentando una instrumentalización de la metafísica por simples criterios terapéuticos; se introduce así un reduccionismo de la verdad al bien, de éste a la utilidad colectiva, y de ésta a la utilidad individual, derivando finalmente como ocurrió con Musolini hacia un irracionalismo activista que ejerce un rígido control en el desarrollo de la razón especulativa a la vez que es ilimitadamente tolerante con

## BIBLIOGRAFIA

las desviaciones y errores de la razón práctica (pp. 185-208).

En el capítulo 8 se examina el empirismo lógico de Moore, Russell, Wittgenstein, Neurath, Carnap, Popper y el empirismo lógico polaco de Lukasiewicz, Ajdukiewicz, Tarski. Lo propio de esta época es la vuelta a la prudencia positivista de los convencionalistas que tratan de interpretar hipotéticamente todas las conclusiones de la ciencia a fin de evitar los fanatismos ideológicos y las construcciones irracionales poco saludables para la sociedad (p. 207). Se introduce así una separación absoluta entre las cuestiones genético biológicas y las cuestiones de legitimidad científica, que conduce a una rígida separación entre lo analítico y lo sintético, tan tajante como la que anteriormente se establecía entre el fenómeno y el noumeno, y que fomentará un desarrollo asombroso de la lógica formal y de los lenguajes matemáticos artificiales. Se introduce así una crítica demoledora de la noción de totalidad tan utilizada por los propios positivistas anteriores, interpretándola en un sentido simplemente hipotético condicional. Se eliminan así las aseveraciones del lenguaje empírico observacional y se sustituyen por implicaciones condicionadas propias del lenguaje axiomático formal. Se sustituye también el principio de verificación por el de falseación, introduciendo el racionalismo, el nominalismo, la antimetafísica, el cientifismo y, en general, un rígido control especulativo de la actividad científica. Pero a la vez el neo-

positivismo fomentará un modelo de sociedad permisivista basado fundamentalmente en un modelo de intelectual masa absolutamente tolerante, demócrata impenitente y escéptico imparcial. Y a este ideal de tolerancia se sacrifican los ideales más sagrados de la existencia humana, creyendo además ingenuamente que este modelo social se puede conseguir fácilmente mediante una rigurosa aplicación de la ascética intelectual del silencio metafísico (pp. 208-247).

Por último en las conclusiones el autor nos ofrece un diagnóstico de la cultura contemporánea, proponiendo una determinada terapia para los principales problemas éticos que se han planteado los positivistas al querer resolver de un modo antimetafísico el problema de las relaciones entre ciencia y filosofía; se trata de mostrar cómo la disyunción que habitualmente suele establecerse entre ciencia y filosofía, entre positivismo y metafísica, entre materialismo dialéctico y filosofía trascendental, esconde una disyunción más profunda entre empirismo y convencionalismo, entre razón analítica y razón dialéctica, entre estructuralismo y utopismo que con frecuencia pasa desapercibida tanto para los positivistas como para los propios marxistas. En este sentido el autor adopta un planteamiento dialéctico transcendental que le permite apreciar tanto las limitaciones éticas de los planteamientos empiristas como las limitaciones metodológicas de los planteamientos convencionalis-

## BIBLIOGRAFIA

tas, ya sean materialistas o espiritualistas. Y en contestación a estas limitaciones se ofrece una nueva alternativa entre positivismo y filosofía trascendental que trata de recuperar lo mejor de cada una de ellas. Se acepta así la rígida separación que la filosofía trascendental suele establecer entre la razón teórica, ya sea analítica o dialéctica, y la razón práctica a fin de poder hacer una más enérgica reivindicación del principio kantiano de autonomía de la razón práctica. Pero a la vez se acepta la aplicación de un rígido código de metodología empirista que, sin paralizar el desarrollo de la metafísica, fomenta el desarrollo de la actividad científica (pp. 248-262).

Evidentemente la solución propuesta por Kolakowski resultó escandalosa para el ambiente cultural en el que se formuló. No en vano el autor ha adoptado una actitud formalista, propia de la ética kantiana, que en todo momento presupone la existencia de un orden de valores incondicionado y trascendental inabordable tanto para la crítica científica como para la propia reflexión filosófica; además se ha adoptado una actitud delatadora, llevando la crítica del positivismo más allá del propio Lenin, con el riesgo de paralizar el desarrollo no sólo de la razón teórica sino también de la propia razón práctica, ya que en cualquier caso su ejercicio estaría condicionado por una decisión voluntarista de tipo ideológico o terapéutico; por último, se ha adoptado una actitud convencional tratando de

hacer compatible el método hipotético condicionado propio de las ciencias experimentales con el método incondicionado trascendental propio de la filosofía dialéctica, imponiendo así la existencia de totalidades inobservables de naturaleza dinámica como si fuesen más evidentes que los propios hechos de la experiencia (cfr. Röd, W.; La filosofía dialéctica moderna; Recensión Anuario Filosófico, año 1977, n.º 2, pp. 252). Pero en contraposición a estas posibles limitaciones formales que en nada afectan al desarrollo de la investigación propiamente historiográfica, se debe tener en cuenta en favor del autor tres méritos indudables: 1) Haber reivindicado, a pesar de su actitud formalista, el principio de autonomía de la razón práctica que no puede ser declarada ni anómala, o sin normas, ya que en todo momento debe respetar el orden racional existente en la naturaleza y el orden de libertades existentes en la sociedad democrática; ni heterónoma, ya que la praxis humana nunca debe estar dominada despóticamente ni por la ciencia ni por la metafísica, sino que por el contrario debe tener su propio ámbito de autonomía manifestación de los derechos y libertades de la persona humana; 2) Haber sabido distinguir, a pesar de su actitud delatadora, entre el rígido código deontológico positivista, que como todo lo ético debe declararse autónomo respecto a la propia razón teórica, y la instrumentalización ideológica o terapéutica que en ocasiones se ha querido hacer

## BIBLIOGRAFIA

del mismo; se ha reivindicado así el principio de autonomía y de libre expresión de la actividad científica, comprobando en su propia experiencia como en algunas ocasiones el permisivista código positivista puede llegar a convertirse en una auténtica bandera contestaria cuando no se respeta el mínimo ético indispensable que exige el desarrollo de cualquier actividad científica; y por último, haber desenmascarado, a pesar de su actitud convencionalista, la presencia de una metafísica incondicionada y transcendental, incluso en aquellos programas de investigación que se declaran taxativamente antimetafísicos y niegan sistemáticamente el principio de jerarquía entre las ciencias.

Sin embargo se debe señalar una limitación en el planteamiento crítico desplegado por el autor a lo largo de su investigación y que sin duda alguna constituye el precio que se ha tenido que pagar al positivismo hegeliano: el no haber contestado la contraposición excluyente que los hegelianos suelen hacer entre salvar lo particular en lo universal o alienar lo universal en lo particular. De este modo se acepta, al menos para el desarrollo del razonamiento práctico, la disyunción positivista: o paralizar terapéuticamente la dispersión de la iniciativa social, o fomentar ideológicamente un desorbitado activismo humanista con el fin de justificar el control dogmático de un uniformismo social. En este sentido "*La filosofía positiva*" no aporta una alternativa viable

que haga compatible la libre autonomía de la razón práctica con la inevitable subordinación que en todo momento debe tener respecto a la metafísica, y más si se trata de una metafísica dialéctico trascendental que impone la existencia incondicionada de un sujeto absoluto y de un orden de valores acriticamente aceptado. Ni tampoco se ofrece un código deontológico lo suficientemente coherente que sea autónomo respecto al desarrollo de la razón teórica y a la vez evite tanto la paralización de la metafísica por motivos terapéuticos como la instrumentalización de los resultados de la ciencia por motivos ideológicos. En conclusión Kolkowski nos describe la situación que adopta ante el positivismo "*el hombre sin alternativas*".

CARLOS O. DE LANDÁZURI

SARANYANA, José Ignacio, *Joaquín de Fiore y Tomás de Aquino. Historia doctrinal de una polémica*, con la colaboración de Ignacio Brosa y Francisco CALOGERO, Pamplona, Eds. Universidad de Navarra ("*Colección Teológica*", 22), 1979, 174 págs.

Joaquín de Fiore está de moda. Lo prueba el hecho de que se hayan publicado simultáneamente dos importantes monografías sobre su influencia doctrinal: la que comentamos, obra del Prof. Saranyana, titular de